

AL MONASTERIO DE LUPIANA

A Manuel de la Cuesta, gran restaurador

Y en un voz de campanario,
bajo una luna azul de Eucastía,
incendiado de rosas tu Sagrario.
Y en vez de altares, una fuente fría.

Ya no es tu agua bendita prisionera
de la pila o el rito; más desnuda,
baila sobre un tazón de primavera,
como un pecado de la noche muda.

Salmo del ruisecor: Todeus de oro
de los negros vencejos; maldicia
de alondras y jilgueros; en tu coro,
que fragó las tremedades letanias.

Aquí rezó el prior; allá el copista
que enroscó sierpes en las iniciales.
Aquí estallaba el trueno del salmista
que ahugenta a los pecados capitales.

Dentro de cada paz seguro abrigo.
La santa de amos rota en tu espalda,
y fuera, en el frutal, el enemigo
de avas de chiva y ojos de esmeralda.

¡Oh, la esterilla, del dormir escaso!
Es la hora del milagro y de la aurora.
Recien cortada tiemblan en el vaso
las azucenas de Nuestra Señora.

La calavera junto al agua, suelta
materia y alma. ¡Oh, noche de emoción
cuando rasgan el yeso de la celda
con su luz viva, las Apariciones!

Veréis al Serafín de ojos extraños
y tornará, entre frisos por el suelo,
el monje que pasó trescientos años
oyendo a un breve ruisecor del cielo.

¡Oh! Claustro de Palmeras y Cilecos,
guarda a aquellos que duermen en tus frisos,
junto a esta fuente oraba aquel novicio
a quien turbaban en abril las rosas.

AGUSTIN DE FOXA
Conde de Foxá.



En el césped del jardín, junto a los macizos olorosos, estatuas... un fondo de embriagante poesía y belleza



Luna llena en L U P I A N A

No hay como la rosa para endulzar la cicatriz de lágrimas. Así esta iglesia enferma de Lupiana, a quien Miguel de la Cuesta ha vendado con boj, apuntalado con capullos, retejado de estrellas.

Llegan los autos; suspendidas en la luz de los faros, vestidas de noche, las mariposas. Porque a estas horas reposan las laboriosas abejas de la Alcarria en los talleres rubios del panal.

El convento tiene altura sobre el pueblo —tres lucecitas en la noche—, aun (entre dos luces) la llanura con pincladas violetas—y del hondón de los árboles un aliento de agua entre hojas.

Por todas las esquinas la garganta incesante de las fuentes. Bien escogieron los Jerónimos su torre de rezos; aquí nació la Orden más aristocrática de la Iglesia. Finas manos traslúcidas para la bendición, para el dragón enroscado en la inicial del libro de Horas, para la jicara de chocolate del prior junto a la fuente y el cerezo encendido.

Ha venido toda la gente que perfumaba antaño los «Ecos de Sociedad» de Gil de Escalante o Montecristo —coches diplomáticos con un iris de banderas extranjeras. Muchachas vestidas de blanco—. El claustro con una argamasa de luz se edifica de nuevo en alabastro. Los «barman» vestidos de blanco como cubanos. «Whisky», Ginebra, licores de la ciudad—y vasos de leche, único «cocktail» del campo —apuntando a una es-

En un bello rincón del parque se asiste al recital de poesías escritas para esa noche por don Eduardo Marquina y el conde de Foxá. En la fotografía, el señor De la Cuesta, rodeado de algunos invitados, entre los que figuran los embajadores del Brasil, el embajador de la Argentina, la duquesa de Santángelo, el ministro señor Peña Boeug, el marqués de Santo Domingo, condes de Velayos, de Campo Alegre, Alcubierre y otros

Las señoritas de Mora, el marqués de Albalade y don Jaime Lécera

